

cuando dicen que el bien supremo reside en la ataraxia, que es la quietud absoluta del juicio, no pretenden dignificarle de una manera afirmativa; pero el movimiento mismo del alma que les hace huir los precipicios y ponerse á cubierto del sereno, muéstrales tal idea y les hace rechazar otra.

Cuán vivamente desearía yo, mientras me encuentro en esta vida, que algún sabio, Justo Lipsio¹, por ejemplo, que es el hombre más docto que nos queda, y cuyo espíritu culto y mesurado guarda analogía tan grande con el de Turnebo, tuviera voluntad, salud y reposo suficientes para ordenar en un registro, según sus divisiones y sus clases, con curiosidad y buena fe, las opiniones todas de la antigua filosofía sobre nuestro ser y nuestras costumbres y controversias; el crédito de que gozaron todas estas ideas; si los filósofos practicaron las máximas que enseñaron, y en fin, todo lo memorable y ejemplar, digno siempre de ser consignado. No cabe duda que tal libro sería útil y hermoso. En suma, si con las luces de nuestro propio espíritu pretendemos reglamentar nuestras costumbres, ¿á cuántas confusiones no nos lanzamos? Lo que nuestra razón nos aconseja de más cuerdo es que cada cual obedezca las leyes de su país, como recomiendan los preceptos de Sócrates, inspirados, dice, por la sabiduría divina, con lo cual manifiesta que nuestros deberes no tienen otra pauta que la fortuita. La verdad debe tener un carácter idnético y universal. Si el hombre conociese la verdadera esencia de la rectitud y la justicia, no las supondría inherentes á las costumbres de esta ó aquella región, ni supondría tampoco que residen en las costumbres de los persas ó en las de los indios. Nada como las leyes está sujeto á más continua mutación; desde que yo vine al mundo he visto cambiar hasta tres ó cuatro veces las de los ingleses², nuestros vecinos, y no ya sólo las políticas, lo cual sería menos peregrino, sino las que tocan á lo más importante que pueda existir sobre la tierra, á la religión, cosa que me avergüenza y desconsuela por tratarse de una nación con la que mi familia tuvo unión íntima de parentesco; en mi casa se guardan todavía testimonios de ello. En nuestro propio país he visto tal causa que nos exponía á la pena capital convertirse en legítima; nosotros, que mantenemos otras, estamos abocados, según la incertidumbre de la fortuna guerrera, á ser un día criminales de lesa majestad humana y divina, si nuestra justicia cae en manos de la injusticia, y en el espacio de pocos años

1. Justo Lipsio, que sostuvo con Montaigne relaciones de correspondencia, ha caumplido, á lo menos en parte, este deseo en su obra sobre el estoicismo, titulada *Manuductio ad stoicam philosophiam*. Este trabajo no vió la luz hasta 1604, doce años después de muerto Montaigne, y es probable que no hubiera dejado á éste muy satisfecho. (J. V. L.)

2. En efecto, de 1534 á 1553 Montaigne pudo ver á los ingleses, ó más bien á la corte de Inglaterra, cambiar cuatro veces de religión.

las cosas mudan por completo. ¿Cómo podía aquel dios de la antigüedad¹ acusar en la mente humana la ignorancia del ser divino y enseñar á los hombres que la religión no era sino invención terrena, propia á unir los unos á los otros, declarando á los que consultaban sus luces que el verdadero culto de cada uno era el que veía observado por la costumbre en el lugar en que había nacido? ¡Oh Dios! ¿qué reconocimiento tan grande es el que debemos á la benignidad de nuestro Criador soberano por haber libertado nuestras creencias de esas devociones vagabundas y arbitrarias; por haberlas llevado al eterno fundamento de la palabra santa! ¿Qué nos responderá á esto la filosofía? «Que sigamos las leyes de nuestro país», es decir, ese flotante mar de las opiniones de un pueblo ó de un príncipe, que me pintarán la justicia con colores tan diversos y la modificarán de tantos modos como cambios haya en sus pasiones respectivas. Mi juicio no puede ser tan flexible ni acomodaticio. ¿Qué clase de bondad es la que ayer gozaba de predicamento y mañana se desacredita, ni la que el curso de un río convierte en crimen? ¿Qué verdad la que esas montañas limitan y que se trueca en mentira para los que viven más allá²?

No dejan de ser graciosos cuando para imprimir á las leyes alguna certidumbre aseguran que las hay firmes, perpetuas é inmutables, y que éstas se llaman naturales por estar selladas en el género humano, por la condición peculiar de la propia esencia de éste; de éstas quien fija el número en tres, quien en cuatro, unos más y otros menos, prueba evidente de que en ello hay igual incertidumbre como en todo lo demás. En verdad son infortunados los que así se expresan, pues no puedo escribir otro nombre al considerar que de un número tan infinito de leyes no se encuentre ni una siquiera que el azar ó la casualidad hayan hecho aceptar universalmente por general aquiescencia de todas las naciones. Así que, la única prueba verosímil por la cual puedan imponer algunas naturales es la universalidad de su aprobación, pues aquello que la naturaleza nos hubiera recomendado practicaríamoslo

1. Apolo.

2. En verdad si el hombre la conociera (la justicia), no habría sentado esta máxima, la más general de todas las existentes entre los mortales, de que cada cual siga las costumbres de su país; el resplandor de la verdadera equidad habría sujetado á todos los pueblos, y los legisladores no hubieran tomado por modelo en lugar de esta justicia constante, las fantasías y caprichos de los persas y de los alemanes. Veríamosla asentada en todos los Estados del mundo y en todos los tiempos, mientras no vemos casi nada justo ó injusto que no cambie de calidad al mudar de clima. Tres grados de elevación sobre el polo echan por tierra toda la jurisprudencia. Un meridiano decide de la verdad; en contados años de vigor las leyes fundamentales cambian; el derecho tiene sus épocas. La entrada de Saturno en el signo del león nos señala el origen de tal crimen. ¡Singular justicia la que el curso de un río limita! Verdad aqueude los Pirineos, error allende. PASCAL.

por general consentimiento, y no sólo cada pueblo en general, sino también cada individuo en particular, advertirían la violencia y la fuerza que les produciría quien pretendiera desviarlos de esa ley. Muéstrenme para que la vea una sola en que se cumplan esas condiciones. Protagoras y Aristón no suponían otro fundamento en la justicia de las leyes que el parecer y autoridad del legislador, y consideraban que si se prescindía de esta circunstancia, hasta la bondad y la honradez perdían sus méritos respectivos, quedando reducidas á nombres huecos y á cosas indiferentes. Trasimaco en Platón entiende que no hay más derecho que la ventaja del superior. No hay cosa sobre la tierra en que mayor variedad se encuentre que en las costumbres y en las leyes; lo que aquí es abominable considerase allá como digno de encomio; como por ejemplo en Lacedemonia la sutileza en el robar. Los matrimonios entre parientes se prohíben rigurosamente entre nosotros; en otras partes se honran tales uniones:

Gentes esse feruntur,
In quibus et nato genitrix, et nata parenti
Jungitur, et pietas geminato crescit amore ¹;

los parricidios, la cesión de las mujeres, los tráficos, robos y licencias; toda suerte de voluptuosidades, toda clase de extravíos, nada hay, en suma, por loco, insensato ú horrible que no se encuentre recibido por el uso de alguna nación.

Creible es que existan leyes naturales como se ve entre las demás criaturas, pero entre nosotros se perdieron. Esta hermosa razón humana, ingiriéndose en todo como señora y soberana, enturbió y confundió el aspecto de las cosas conforme á su vanidad é inconstancia: *nihil itaque amplius nostrum est; quod nostrum dico, artis est* ². Todas las cosas ofrecen matices diversos y se prestan á consideraciones varias, lo cual engendra la diversidad de opiniones: una nación las examina por un lado, detiéndose en él, y otra por otro.

Nada tan horrible de imaginar como el comerse á su propio padre. Los pueblos que antiguamente practicaron esta costumbre tomaronla, sin embargo, como testimonio de piedad y afección intensas, buscando con ella conceder á sus progenitores la más digna y honrosa sepultura, alojando en sí mismos y como en su misma médula el cuerpo y las reliquias de sus padres, vivificándolos en algún modo y regenerándolos por la trasmutación en su carne viva por medio de la digestión y la nutrición. Fácil es considerar

1. Pueblos hay en que las madres se unen con sus hijos y las hijas con sus padres; en ellos el amor familiar se acrecienta con estos nuevos vínculos. OVIDIO, *Metam.*, X, 331.

2. Nada es nuestro de un modo absoluto; lo que yo digo que es nuestro es una pertenencia del arte.

lo abominable y cruel que hubiera sido á los ojos de estos hombres, acostumbrados y empapados en superstición semejante, el arrojar en la tierra los despojos de los que los engendraran para que se corrompieran y fueran devorados por los gusanos.

Licurgo no ve en el robo más que la vivacidad, diligencia, arrojo y destreza que supone el apoderarse de algo que pertenezca al prójimo, y la utilidad pública que se sigue de que cada cual mire con interés mayor aquello que le pertenece, estimando que de ambas cosas (ataque y defensa) se alcanzaba gran provecho para la disciplina militar, que era la principal virtud y la ciencia primordial á que quería encaminar y habituar á su nación; méritos que á su entender aventajaban al desorden é injusticia de prevalecerse de los ajenos bienes.

Dionisio el tirano ofreció á Platón una túnica á la moda persa, larga, adamascada y perfumada; Platón la rechazó diciendo que como había nacido hombre, por nada del mundo se vestiría de mujer; pero Aristipo la aceptó fundamentándose en esta otra razón: «Que ningún atavío podía corromper un valor sano y vigoroso.» Censuraban sus amigos su cobardía por haber tolerado que el tirano le escupiera en el rostro, y el filósofo respondió: «También los pecadores sufren de buen grado que las ondas del mar bañen su cuerpo de los pies á la cabeza por atrapar un miserable pececillo.» Diógenes estaba lavando sus berzas, y viendo pasar á Aristipo, le dijo: «Si supieras vivir con coles no serías el cortesano de un tirano;» á lo cual Aristipo repuso: «Y si tú supieras vivir entre los hombres no estarías ahí lavando coles.» He aquí cómo la razón procura argumentos para probarlo todo: es un jarro con dos asas que puede cogerse del lado derecho lo mismo que del izquierdo:

Bellum, o terra hospita, portas:
Bello armantur equi; bellum hæc armenta minantur.
Sed tamen idem olim curru succedere sueti
Quadrupes, et frena jugo concordia ferre,
Spes est pacis ¹.

Recomendábase á Solón que no vertiera lágrimas impotentes é inútiles por la muerte de su hijo: «Por eso precisamente las derramo, contestó, porque son impotentes é inútiles.» La mujer de Sócrates agravaba su pesar porque los jueces le hacían morir injustamente, á lo cual su marido repuso: «Pues qué, ¿desearías más bien que me hicieran morir justamente?» Nosotros llevamos las orejas agujereadas; los griegos consideraban esta costumbre como testimonio de esclavitud y servidumbre; nos ocultamos para

1. ¡Oh tierra hospitalaria! ¿Acaso te preparas para la guerra? Equipados están tus corceles, y estos fogosos animales son como el presagio de próximos combates. Mas á veces los caballos que unidos á un carro lo arrastran obedientes al blando yugo son esperanza de paz. VIRGILIO, *Encida*, III, 539.

gozar de las mujeres: los indios las disfrutaban públicamente. Los escitas inmolaban á los extranjeros en sus templos: en otras partes los templos eran lugar seguro de franquicia:

Inde furor vulgi, quod numina vicinorum
Odit quisque locus, quum solos credat habendos
Esse deos, quos ipse colit¹.

He oído hablar de un juez, que, cuando encontraba algún conflicto difícil de resolver entre Bartolo y Baldo², escribía en la margen de su libro: « Cuestión para el amigo »; con lo cual quería significar que la verdad estaba tan embrollada y debatida en el pasaje, que si se terciaba una causa análoga podría favorecer á quien mejor se le antojara. Sólo por falta de destreza podía dejar de adoptar en todo igual criterio. Los abogados y jueces de nuestra época encuentran en todas las causas razones de sobra para resolverlas conforme á su capricho. En una ciencia tan complicada, que depende de la autoridad de tantas opiniones, y de un asunto tan arbitrario, no puede acontecer que no nazca una peregrina confusión de juicios. De suerte que por claro que aparezca un proceso los pareceres sobre el mismo se diversifican; lo que uno entiende de un modo, otro lo entiende de otro, y á veces uno mismo de distintos modos en distintas ocasiones. De lo cual vemos ejemplos á diario merced á licencia semejante, que mancha la ceremoniosa autoridad y brillo de nuestra justicia, al no fijar concretamente el sentido de las leyes y al correr de unos á otros jueces para decidir de una misma causa.

Cuanto á la libertad de las opiniones filosóficas en punto á la virtud y al vicio, entre ellas se encuentran muchas mejor para calladas que para escritas, á fin de evitar el contagio de los espíritus flojos. Arcesilao decía que en la lujuria no había que considerar por qué lugar se pecaba: *Et obscenas voluptates, si natura requirit, non genere, aut loco, aut ordine, sed forma, ætate, figura, metiendas Epicurus putat... Ne amores quidem sanctos a sapiente alienos esse arbitrantur... Quæramus, ad quam usque ætatem juvenes amandi sint*³. Estos dos últimos lugares

1. De aquí el furor con que las gentes de cada país odian las divinidades de los países vecinos, creyendo sin duda que no debe haber más dioses que los que ellos solos veneran. JUVENAL, XV, 37.

2. Bartolo, uno de los mas célebres juriconsultos de los tiempos modernos; nació en Sasso-Ferrato, ciudad de la Umbria, hacia el año 1313 y murió en Perugia en 1356. — Baldo (Bernardino), abad de Guastala, nació en Urbino en 1353, murió en 1417 y fué uno de los hombres más sabios de su tiempo.

3. En cuanto á los placeres obscenos, supuesto que nuestra naturaleza los reclama, cree Epicuro que no se debe atender al nacimiento, á la posición ó al rango social, sino á la forma, á la edad ó á la figura. CICERÓN, *Tusc. quest.*, V, 33. — Los estoicos opinan que no debe privarse al sabio de los placeres honestos del amor. CICERÓN, *de Finibus bonorum et malorum*, III, 20. — Investiguemos, dicen los estoicos, hasta qué edad es lícito amar á las jóvenes. SENECA, *Epist.* 123.

estoicos sobre el amor de los jóvenes y la censura de Diacaerco á Platón mismo, prueban que la filosofía más sana cae en las licencias del uso común.

Las leyes adquieren autoridad con el uso y el arraigo. Es peligroso referirlas al punto de donde emanaron. Ennoblescense rodando, como los ríos; seguid el curso de éstos en dirección contraria á la corriente, hasta llegar al lugar donde nacen, y no veréis más que una fuentequilla apenas perceptible, que al envejecer se enorgullece y fortifica. Ved las antiguas razones que imprimieron el primer impulso á ese famoso torrente, lleno de dignidad, que al par inspira reverencia y horror, y las encontraréis tan ligeras, tan deleznable, que las gentes que lo aquilatan todo, y todo lo examinan con las luces de la razón, y que nada admiten por autricidad ni á crédito, no es maravilla que juzguen á veces de un modo que se aleja de los pareceres comunes. Son éstas gentes que toman por patrón la imagen primordial de la naturaleza, y no es por tanto extraordinario que en la mayor parte de sus ideas se extravíen del camino trillado. Pocos de entre ellos hubieran aprobado las formalidades impuestas á nuestros matrimonios; la mayor parte prefirieron tener mujeres comunes á varios, sin obligación para con ellas, y rechazaron toda suerte de ceremonias análogas á las nuestras. Decía Crisipo que un filósofo puede dar una docena de volteretas, hasta cuando va sin calzón, por unas cuantas aceitunas. Este filósofo no hubiera aprobado la conducta de Clitones, que se negó á conceder la mano de su hija Agarista á Hipodólides, por haberle visto hacer equilibrios infantiles sobre una mesa. Metroclo dejó escapar un pedo un tanto indiscretamente en una disputa, hallándose delante de sus discípulos; luego, de vergüenza, se metió en su casa sin querer salir, hasta que Crates le fué á ver, y añadiendo á sus consolaciones y razones el ejemplo de su cinismo se puso á expeler ventosidades en competencia con él, y le purgó de escrúpulos; además llevóle á su secta estoica, que era más franca, haciéndole abandonar la peripatética, mucho más urbana, y que hasta entonces había seguido. Lo que nosotros llamamos decoro, lo que nos impide hacer al descubierto aquello que debe practicarse privadamente, los estoicos lo llamaban tontería; y añadían que es alardear de melindroso el no reconocer lo que la naturaleza, la costumbre y nuestras propias inclinaciones pregonan y proclaman. Estimábanlo vicio, juzgando que era denigrar el valor de los misterios de Venus el apartarlos del santuario de su templo para exponerlos á la vista del pueblo. Creían que descorrer el velo que ocultaba estos juegos era envilecerlos; que la vergüenza, el recelo, la circunspección y la reserva en el goce de los placeres del amor, constituyen una parte de la estima en que los tenemos; y que la voluptuosidad se ocultaba muy ingeniosa-

mente bajo la máscara de la virtud para no ser prostituida en medio de las encrucijadas, pisoteada y menospreciada á los ojos del pueblo, echando de menos el decoro y ventajas de sus acostumbrados recintos. Por eso algunos aseguran que acabar con los burdeles públicos es no solamente extender por todas partes la lujuria que se cobija en esos lugares, sino además aguijonear en los hombres el mismo vicio á causa de la dificultad de satisfacerlo :

Mœchus es Aufidiæ, qui vir, Scævine, fuisti :
Rivalis fuerat qui tuus, ille vir est.
Cur aliena placet tibi, quæ tua non placet uxor ?
Numquid securus non potes arrigere¹ ?

Experiencia semejante se comprueba con mil ejemplos análogos :

Nullus in urbe fuit tota, qui tangere vellet
Uxorem gratis, Cæciliane, tuam,
Dum licuit : sed nunc, positis custodibus, ingens
Turba futurorum est. Ingeniosus homo es².

Preguntaron lo que hacía á un filósofo á quien sorprendieron en el momento mismo en que se hallaba practicando el acto amoroso, y respondió sin inmutarse : « Estoy plantando un hombre » ; ni más ni menos que si se le hubiera visto plantar ajos, ni se avergonzó siquiera.

Sin duda á causa del respeto en la Iglesia³ considera que ese acto debe necesariamente ocultarse, y efectuarse pudorosamente, puesto que en la licencia de las uniones cénicas no podía suponer que la faena tuviera fin, sino que se complacían en los movimientos lascivos para mantener el descaro de que la secta hacía gala, y que para lanzar al exterior todo cuanto la vergüenza guardaba reprimido y oculto tenían luego necesidad de buscar la sombra. No penetró el santo suficientemente toda la magnitud de la licencia, pues Diógenes, ejerciendo en público su masturbación, formulaba en presencia de las gentes que le veían el deseo «de poder saciar su vientre restregándolo». Preguntado por qué no buscaba otro lugar más conveniente para comer que las calles y las plazas, respondió que también sentía el hambre en plena calle. Las mujeres que se agregaban á la secta de los cínicos uníanse también á sus personas en cualquier lugar y sin miramiento alguno. Hiparquia fué recibida en la sociedad de Crates con

1. Tú que fuiste esposo de Aufidia, Scævino, eres ahora su cortejo; el que antes fué tu rival es ahora su esposo. ¿Por qué te agrada como mujer de otro la misma que no te agradaba cuando era tu propia mujer? ¿Es que al estar seguro de su posesión no te inspiraba ningún deseo? MARCIAL, III, 70.

2. Cuando todo el mundo podía acercarse libremente á tu mujer, Cecilia, en toda la ciudad no se hallaba un hombre que la quisiera ni gratis; pero ahora que has llenado tu casa de guardianes acuden los pretendientes en tropel. MARCIAL, I, 74.

3. SAN AGUSTÍN, *de Civit. Dei*, XIV, 20.

la condición de seguir en todas las cosas los preceptos de la regla de éste. Estos filósofos concedían á la virtud elevado precio y rechazaban todas las demás disciplinas de la moral, de suerte que en todas sus acciones reconocían la autoridad soberana en su conciencia colocándola por cima de las leyes, no imponiendo otra barrera á la satisfacción de los deseos que la moderación propia y el respeto de la libertad ajena.

Heráclito y Protágoras, por aquello de que las personas enfermas encuentran el vino amargo y las que están sanas agradable; porque el remo parece torcido cuando está dentro del agua y derecho cuando está fuera, y otros fenómenos análogos que los objetos muestran, argumentaron que todas las cosas llevan en sí mismas las causas de las particularidades que presentan; que en el vino hay algo de amargo que se asimila el paladar del enfermo; en el remo cierta condición de curvatura que ve el que lo mira en el agua, y así de lo demás. Todo lo cual viene á significar que todo está en todas las cosas y por consiguiente nada en ninguna, porque nada hay donde todo se encuentra.

Este principio trae á mi memoria la experiencia que todos tenemos, ó sea que no hay sentido ni interpretación, derecho ó torcido, amarga ó dulce, que el espíritu humano deje de hallar en los escritos que registra. De la palabra más terminante, pura y perfecta, ¿cuánta falsedad é imposición no se hace nacer? ¿Qué herejía dejó de hallar testimonios y fundamentos sobrados para encontrar crédito? Por eso los que pregonan el error jamás precinden del auxilio que les presta la interpretación de las palabras. Queriendo probarme un hombre digno de respeto por medio de testimonios verídicos la investigación de la piedra filosofal, en cuyo inquirimiento está sumergido, mostróme poco ha cinco ó seis pasajes de la Biblia en los cuales me decía que se fundamentaba para descargo de su conciencia, pues la persona á que aludo es un eclesiástico. Y á decir verdad, la razón que encontró acomodábase no mal á la defensa de aquella hermosa ciencia.

Por semejantes medios ganan crédito los adivinos. No hay pronosticador, con tal de que posea autoridad bastante para que se examine lo que dice, y se busquen con interés todos los escondrijos y matices de sus palabras, á quien no se haga decir con verosimilitud todo cuanto se quiera, como á las Sibilas. Hay tantísimos medios de interpretación que es bien difícil que un espíritu ingenioso no encuentre, á tuertas ó á derechas, en todas las cosas, lo que se proponga hallar. Por eso vemos un estilo nebuloso y ambiguo en algunos escritos con tanta frecuencia, el cual tan de antiguo gozó de predicamento. Que un autor cualquiera acierte á interesar y á dar quehacer á la posteridad, cosa que á veces se consigue más por la casualidad que por el talento;

que por fineza de espíritu ó por torpeza se muestre algo obscuro ó contradictorio, y no haya cuidado, los comentadores le achacarán lo que dijo y lo que no dijo. Esto es lo que dió crédito á muchos engendros insignificantes y á muchos escritos, y lo que recargó de consideraciones diversas una misma idea y un mismo sistema.

¿Es posible que Homero haya querido decir todo cuanto se le ha hecho decir, y que se haya prestado á tan opuestas interpretaciones que los teólogos, los legisladores, los capitanes, los filósofos y toda suerte de gentes, cuya misión es tratar de las ciencias, por diversa y contrariamente que las traten, se apoyen en él, y por él quieran demostrarnos sus asertos? Maestro competente en todas las artes, en todas las obras y en todos los oficios, y general consejero en todas las empresas, quienquiera que haya tenido necesidad de oráculos y predicciones los encontró siempre en el poeta. Un amigo mío, hombre doctísimo, ha acertado á ver en Homero admirables cosas en pro de nuestra religión; y no hay quien le saque de su idea: Homero quiso decir cabalísimamente cuanto él encuentra. El autor de *la Iliada* le es tan familiar como al que más; pero lo que mi amigo encuentra en favor de nuestras creencias muchos antiguos lo vieron en beneficio de las suyas. Ved cómo se comenta á Platón: todos se enaltecen aplicándose sus doctrinas á sí mismos, y las llevan del lado que se les antoja; se le pasea y se le mezcla en todas las nuevas opiniones que el mundo recibe; se le pone en oposición con él mismo, conforme al diferente curso de las cosas; se le hace que desaprobe las costumbres lícitas de su siglo cuanto que son ilícitas en el nuestro. Y todo con viveza y energía, según que posee ambas cualidades el espíritu del intérprete. Sobre el principio de Heráclito de que todas las cosas encierran en sí mismas las apariencias que muestran, Demócrito sacaba una conclusión enteramente contraria, á saber: que los objetos no tenían ninguno de los aspectos que nosotros encontramos en ellos; y del hecho que la miel sea dulce al paladar de los unos y amarga para el de los otros, deducía que no era ni dulce ni amarga. Los pirronianos dirían que no saben si es dulce ó si es amarga, ó ni lo uno ni lo otro, ó las dos cosas á la vez, pues siempre van á dar al punto más elevado de la duda. Los cirenaicos creían que nada había perceptible exteriormente, y que sólo somos capaces de advertir las cosas interiores, como el dolor y el placer, no reconociendo ni el color ni el tono de los mismos, sino solamente ciertas afecciones que se nos presentan; y aseguraban que el hombre no podía ejercitar su juicio en otra parte. Protágoras opinaba que para cada cual es verdadero lo que tal cree. Los epicúreos colocan en los sentidos el fundamento de todo juicio, en el conocimiento de las cosas y en la voluptuosidad. Platón quiere

que el conocimiento de la verdad y⁴ a verdad misma, alejados de las opiniones y de los sentidos, pertenezcan exclusivamente al espíritu y á la cogitación.

Este principio me lleva á hablar de nuestros sentidos, en los cuales yace el principal fundamento y la más palmaria prueba de nuestra ignorancia. Todo cuanto se conoce llega sin duda á nosotros por la facultad de conocer, pues como el juicio proviene de la operación del que juzga, natural es que esta operación la lleve á cabo por los medios y voluntad de que dispone, y no por impulso ajeno, como acontecería si llegáramos al conocimiento de las cosas por la fuerza y conforme á la ley de su esencia misma. Así pues, toda noción llega á nosotros por conducto de los sentidos, que son nuestros dueños soberanos:

Via qua munita fidei
Proxima fert humanum in pectus, templaque mentis¹.

Por ellos comienza la ciencia y en ellos se resuelve. Después de todo no sabríamos más que una piedra si no tuviéramos noticia de que existen el sonido, el olor, la luz, el sabor, la medida, el peso, la blandura, la dureza, la aspereza, el color, la suavidad, la anchura, la profundidad; ellos forman el plan y los principios de todo el edificio de nuestra ciencia, y según algunos el término ciencia equivale al de sentimiento. Quien me llevara á negar el poder de los sentidos me dejaría indefenso; no podría hacerme objeción más capital: son el principio y el fin del humano conocimiento:

Invenies primis ab sensibus esse creatam
Notitiam veri; neque sensus posse refelli...
Quid majore fide porro, quam sensus, haberi
Debet²?

Aminórese cuanto se quiera su poderío, siempre habrá de concederse que por su mediación se alcanza toda la instrucción que poseemos. Dice Cicerón que Crisipo, habiendo intentado echar por tierra la virtud y fortaleza de los sentidos, llegó á imaginar argumentos acomodados á su tesis, pero que no pudo llegar á explicarla. Carneades, que sostenía la opinión contraria, repúsole: « ¡ Ah desdichado, tu propia fuerza te ha perdido! » A nuestro entender no hay absurdos mayores que los de sostener que el fuego no calienta y que la luz no alumbrá; que en el hierro no hay pesantía ni resistencia; y que todas esas son nociones que los sentidos nos comunican; ni creencia ó ciencia humanas, que puedan compararse en certidumbre á las citadas.

1. Son los caminos por los que la luz del conocimiento penetra en el alma del hombre, en el santuario de su inteligencia. *Lucrecio*, V, 103.

2. El conocimiento de la verdad nos es suministrado en primer término por los sentidos á los cuales no es posible negar eficacia. ¿Hay algo que sea más digno que ellos de inspirarnos confianza absoluta? *Lucrecio*, IV, 479, 483.

La primera consideración que viene á mi mente en punto á nuestros órganos es la de poner en duda que el hombre se encuentre provisto de todos los naturales. Yo veo muchos animales que viven existencia cabal y perfecta, los unos sin vista, los otros sin oído. ¿Quién sabe si á nosotros nos faltan también uno, dos, tres ó varios sentidos? Caso que de alguno estemos desposeídos, nuestra razón no es capaz de advertir la falta. Privilegio es de nuestros órganos el ser el último límite de las cosas que percibimos. Nada hay más allá de ellos que nos pueda servir á descubrirlo, y á veces ni siquiera uno de nuestros sentidos puede llegar á descubrir el otro:

An poterunt oculos aures reprehendere? an aures
Tactus? an hunc porro tactum sapor arguet oris?
An confutabunt nares, oculive revincunt? 1

Todos ellos son el límite extremo de nuestra facultad.

Seorsum cuique potestas
Divisa est, sua vis cuique est 2.

Es imposible convencer á un ciego de nacimiento de que no ve, é igualmente imposible hacerle desear la vista ni que lamente la falta de tal órgano; por eso no debemos servirnos del fundamento de que nuestra alma esté contenta y satisfecha con los que tenemos, en atención á que en este punto es incapaz de echar de ver su enfermedad é imperfección, en el caso de que ambas cosas fueran un hecho. Imposible es también decir nada al ciego de que hablo que pueda hacer llegar á su imaginación las ideas de luz, color y vista. Nada es capaz de llevar sus sentidos á la evidencia. Los ciegos de nacimiento, á quienes vemos desear la vista, realmente ignoran lo que piden: nos oyeron decir que les falta algo de lo que nosotros tenemos, lo cual no olvidan acertadamente, lo mismo que sus efectos y consecuencias, pero sin embargo no saben lo que es, ni siquiera de una manera aproximada.

He conocido á un caballero, de buena casa, nacido ciego, ó que quedó sin vista de edad tan tierna que ignora qué cosa sea ver. Está tan poco noticioso de lo que le falta, que usa y emplea como nosotros las palabras que designan el fenómeno de la visión, y las aplica de un modo que por entero le pertenece. Presentándole un niño de quien era padrino, cogióle en sus brazos y exclamó: « ¡ Hermosa criatura! ¡ da gusto verla! ¡ qué ojos tan alegres! » Como cualquiera de nosotros, dirá: « Esta sala es agradable; hoy está sereno; hace un sol espléndido. » Más todavía: como sabe que nues-

1. ¿ Podrá el oído corregir las sensaciones de la vista, ó el tacto las del oído? ¿ el gusto, preservar de las ilusiones del tacto, ó ser éste contradicho por el olfato ó por la vista? LUCRECIO, IV, 487.

2. Cada sentido tiene su poder peculiar, su propia esfera de acción. *Ibid.*, v. 490.

tros ejercicios acostumbrados son la caza, el juego de pelota y el tiro al blanco, por haberlo oído decir, tomó cariño á tales distracciones y cree ejercer en ellas idéntica parte que los demás; animase y complácese, sin que la vista á ello le ayude, con el grito de « Ahí va una liebre », cuando se encuentra en alguna gran explanada en que puede cazarse; luego se le dice que la liebre fué atrapada, y hétemele tan orgulloso de su presa como oye decir que los demás están. Coge la pelota con la mano izquierda y la lanza con la pala con todas sus fuerzas; dispara el arcabuz y se da por satischo cuando los que le acompañan le dicen que apuntó alto, ó que tocó cerca del blanco.

¿Quién sabe si el género humano comete una torpeza análoga á falta de algún sentido, y si merced á esta circunstancia lo principal del aspecto de las cosas permanece oculto para nosotros? ¿Quién sabe si las obscuridades que encontramos en muchas obras de la naturaleza provienen también de igual causa, y si muchos fenómenos que vemos en los animales, que superan nuestras facultades, proceden también de igual origen, y si algunos de entre ellos gozan vida más plena que la nuestra? Cuando cogemos una manzana nos servimos casi de todos nuestros sentidos; advertimos en ella el color rojo, la pulidez, el olor y la dulzura; á más de estas propiedades dicho fruto puede tener otras que nosotros no echamos de ver por carecer de sentidos que las adviertan. En las propiedades que llamamos ocultas en muchas cosas, como la del imán de atraer al acero, ¿no es verosímil que en la naturaleza haya facultades sensitivas propias para juzgarlas y advertirlas y que la carencia de las mismas nos acarree la ignorancia de la esencia verdadera de tales causas? Acaso es cierto sentido particular lo que descubre á los gallos la hora de la mañana y la de la media noche, y los mueve á cantar; lo que enseña á las gallinas antes de que nadie se lo diga á temer al gavián, y no al pato ni al pavo, que son de mayor tamaño; lo que advierte á los pollos de la naturaleza hostil del gato contra ellos, y á no temer al perro; á prevenirse contra el maullido, que es en cierto modo cariñoso, y no contra los ladridos, que son rudos y pendenciosos; á los abejorros, hormigas y ratones á escoger el mejor queso y las peras mejores antes de ha berlos gustado, y lo que encamina al ciervo, al elefante y á la serpiente al conocimiento de cierta hierba propia para su curación. No hay sentido cuyo influjo no sea grande y que por su mediación no procure un número infinito de conocimientos. Si nos encontráramos privados de la inteligencia de los sonidos, de la armonía y de la voz, esta circunstancia procuraríanos una confusión inimaginable en todos nuestros otros conocimientos; pues además de la misión propia de cada órgano, ¿ cuántos argumentos, consecuencias y conclusiones

no deducimos para otras cosas por la comparación de unos sentidos con otros? Que un hombre inteligente imagine la naturaleza humana nacida sin el sentido de la vista, y calcule el desorden é ignorancia que acompañaría á tal ausencia, y cuantas tinieblas y ceguera en nuestra alma. Por donde puede verse de cuánta trascendencia sea para el conocimiento de la verdad la privación de un sentido, ó de dos, ó de tres, dado que en nosotros exista. Hemos formado una verdad con el apoyo y concurso de los cinco que tenemos, pero acaso fuese necesario el acuerdo de ocho ó diez, y su concurso, para advertirla de un modo cierto y en su esencia.

Las sectas que combaten la ciencia del hombre apóyanse principalmente en la debilidad é incertidumbre de nuestros sentidos. Como todo conocimiento llega á nosotros por su mediación, si no son exactos en las nociones que nos comunican, si corrompen ó alteran lo que del exterior nos transmiten, si la luz que por conducto de ellos corre á nuestra alma se oscurece durante el pasaje, nuestro conocimiento no tiene fundamento alguno. De esta duda nacieron las siguientes ideas: « Que cada objeto encierra en sí mismo cuanto en él encontramos; » « que nada es real de lo que creemos ver en él », y la opinión de los epicúreos, según la cual « el sol no es más grande de lo que nuestra vista lo juzga :

Quidquid id est, nihilo fertur majore figura,
Quam, nostris oculis quam cernimus, esse videtur :

que las apariencias que hacen ver un cuerpo grande á quien está cercano á él, y más pequeño á quien está lejos, son ambas verdaderas :

Nec tamen hic oculos falli concedimus hilum...
Proinde animi vitium hoc oculis adfingere noli ¹ :

afirman otros de una manera absoluta que los sentidos nos transmiten fielmente los objetos; que precisa sujetarse á lo que nos manifiestan, y alegar razones distintas para explicar la diferencia y contradicción que en ellos encontramos, y hasta inventar cualquier patraña, cuando razones no encontramos; hasta tal extremo llegaron algunos, antes que acusar á aquéllos ». Timágoras juraba que por oprimirse ó estirarse los párpados nunca vió convertirse una luz en dos; y añadía que semejante apariencia radicaba en errónea opinión y no en el órgano visual. De todos los absurdos imaginables, el mayor para los epicúreos es el rechazar la fuerza y efecto de los sentidos :

1. Mas en este caso no deberemos decir que los ojos se engañan, ni achacarles un defecto que realmente tiene su asiento en nuestro espíritu. LUCRECIO, IV, 380, 387.

Proinde, quod in quoque est his visum tempore, verum est.
Et, si non poterit ratio dissolvere causam,
Cur ea, quæ fuerint juxtim quadrata, procul sint
Visa rotunda; tamen præstat rationis egentem
Reddere mendose causas utriusque figuræ,
Quam manibus manifesta suis emittere quæquam,
Et violare fidem primam, et convellere tota
Fundamenta, quibus nixatur vita, salusque :
Non modo enim ratio ruat omnis, vita quoque ipsa
Concidat extemplo, nisi credere sensibus ausis,
Præcipientesque locos vitare, et cetera, quæ sint
In genere hoc fugienda ¹.

Semejante recomendación, tan desesperada y poco filosófica, no declara cosa distinta, sino que la ciencia humana no puede sustentarse más que por medio de razones irrazonables, locas y descabelladas; pero que sin embargo es preferible que el hombre, para acreditar su autoridad, se sirva de ellas y de cualquiera otro remedio, por quimérico que sea, antes que reconocer su torpeza irremediable, verdad que tan poco le favorece. No puede rechazar que los sentidos no sean los soberanos dueños de la ciencia que posee; pero el hecho es que son inciertos, y propenden al error en cualquier circunstancia. Contra esta aseveración evidente se levanta en contradicción, y si las fuerzas legítimas le faltan, como sucede en realidad, va derecho á la testarudez, á la temeridad y al cinismo para encontrar en ellos armas. Si lo que los epicúreos afirman fuese cierto, á saber, « que carecemos de todo conocimiento, si son falsas las representaciones de los sentidos »; y si fuera verdad lo que los estoicos afirman, « que las representaciones de los sentidos son tan falsas que no pueden dar lugar á ciencia alguna », podemos concluir, fundamentándonos en esas dos grandes escuelas dogmáticas, que la ciencia no existe.

En punto al error é incertidumbre de las operaciones de los sentidos, todos pueden procurarse tantos ejemplos como les plazca: tan frecuentes son los errores á que nos conducen. Cuando el eco le repercute en un valle, el sonido de una trompeta que suena una legua detrás de nosotros semeja precedernos :

Exstantesque procul medio de gurgite montes,
Classibus inter quos liber patet exitus, iidem
Apparent, et longe divolsi licet, ingens
Insula. conjunctis tamen ex his una videtur...

1. Así pues, lo que los sentidos nos enseñan es verdad ahora y siempre. Si la razón no puede descubrir la causa de que los objetos que de cerca son cuadrados de lejos parezcan redondos, preferible es explicar esta doble apariencia mediante un razonamiento falaz que supla la falta de positivas razones á dejar que se escape de nuestras manos la verdad revelada por los sentidos, que pierda el conocimiento su apoyo más firme y que se destruyan los cimientos sobre que descansa nuestra vida y nuestra conservación; porque no es sólo la razón la que se hunde, es la vida entera, que descansa también sobre el testimonio de los sentidos, pues que sin ellos no podría el hombre librarse de caer en los precipicios que halla á su paso ni evitar otros muchos peligros que le rodean. LUCRECIO, IV, 500.

Et fugere ad puppim colles campique videntur,
Quos agimus præter navim, velisque volamus...
Ubi in medio nobis equus acer obhæsit
Flumine, equi corpus transversum ferre videtur
Vis, et in adversum flumen contrudere raptim ¹.

Cuando con el dedo indice se toca un balin de arcabuz, estando el del corazón entrelazado por la parte superior de aquél, precisa hacerse violencia para reconocer que no hay más que uno; de tal modo los sentidos nos representan dos. Que éstos sean muchas veces dueños del raciocinio y le obliguen á recibir impresiones que conoce y juzga falsas, vese á cada momento. Dejando á un lado el del tacto, cuyas funciones son más cercanas, vivas y substanciales, el cual tantas veces da en tierra, por los efectos dolorosos que comunica á nuestro cuerpo, con las más estoicas resoluciones, y obliga á exhalar alaridos á quien implantó heroicamente en su alma; «que el cólico como cualesquiera otra enfermedad y dolor es cosa indiferente que carece de fuerzas para aminorar en nada la dicha soberana y la bienandanza en que el filósofo se coloca por virtud del vigor de su espíritu», no hay ánimo por flojo que sea, á quien el redoblar de los tambores y el sonido de las trompetas deje de alentar, ni tan duro que no se sienta despertado y acariciado por los dulces acordes de la música. Ninguna alma hay tan ruda que no se sienta movida á reverencia al considerar el vasto recinto de nuestras iglesias, rodeado de misterio; la diversidad de los ornamentos y el orden de las ceremonias; al oír la santa armonía de los órganos, y el timbre religioso y tranquilo de las voces del coro; hasta los que trasponen con indiferencia los umbrales de nuestros templos experimentan como un temblor en sus pechos, algún temor que los hace desconfiar de la eficacia de sus ideas. Por lo que á mi toca, en modo alguno me siento suficientemente fuerte para escuchar con frialdad los versos de Horacio ó de Catulo cantados por una garganta armoniosa y una boca joven y linda; Zenón decía bien cuando sentaba que la voz constituye la esencia de la belleza. Han querido hacerme creer que un hombre á quien todos los franceses conocemos me obligó á aceptar como buenos, recitándomelos, unos versos que había compuesto; que no eran lo mismo en el papel que en el aire, y que mis ojos juzgaron de diverso modo que mis oídos; de tal suerte la pronunciación realza y avalora las obras que

1. Montañas que surgen en medio del mar, por entre las cuales podrían cruzar grandes navios, parecen vistas de lejos una masa compacta; como si las diversas prominencias aproximándose y confundándose formasen una gran isla. Asimismo, al navegar con velas desplegadas, sin apartarnos de la costa, nos parece que las llanuras y los valles corren en dirección opuesta... Si nuestro caballo se detiene en medio de un río, se nos figura que una fuerza extraña se apodera de su cuerpo y le hace marchar contra la corriente. LUCRECIO, IV, 338, 399, 421.

de ella dependen. Por lo cual Filoxeno no montó en cólera al oír entonar malamente una de sus composiciones, sino que pateó é hizo añicos unos ladrillos que pertenecían al recitador, diciéndole: «Rompo lo que es tuyo, como tú corrompes lo que es mío.» ¿Por qué hasta los mismos que recibieron la muerte con ánimo varonil apartaron la faz para no ver el golpe que soportaban? Los que para el cuidado de su salud desean y solicitan que se les ampute ó cauterice, ¿por qué son incapaces de resistir la vista de los aprestos, utensilios y la operación del cirujano, puesto que los ojos no tienen participación ninguna en el dolor? ¿No son estos ejemplos plena prueba del predominio que los sentidos ejercen sobre la razón? Inútil es que sepamos que esas trenzas recibíéronse prestadas de la cabeza de un paje ó de un lacayo, que ese carmin vino de España, y esa blancura y pulidez del mar Océano; la vista nos fuerza á encontrar á la dama más linda y apetitosa, contra todo viso de razón, pues todos esos atractivos son pegados:

Auferimur culta; gemmis, auroque teguntur
Crimina: pars minima est ipsa puella sui.
Sæpe, ubi sit quod ames, inter tam multa requiras:
Decipit hac oculos ægide dives amor ¹.

¿Cuánto conceden al empuje de los sentidos los poetas que representan á Narciso perdido de amor por su sombra,

Cunctaque miratur, quibus est mirabilis ipse;
Se cupit imprudens; et, qui probat, ipse probatur;
Dumque petit, petitur; pariterque accendit, et ardet ²;

y el cerebro de Pigmalión, tan trastornado se vió por la impresión de la vista de su estatua de marfil, que le inspiró deseos, suponiéndola animada por el soplo de la vida!

Oscula dat, reddique putat: sequiturque, tenetque,
Et credit tactis digitos insidere membris;
Et metuit, pressos veniat ne livor in artus ³.

Colóquese á un filósofo en una jaula de alambres delgados, y puestos á distancia, suspendida en lo alto de las torres de Nuestra Señora de París: nuestro hombre verá evidentemente que la caída es imposible; mas sin embargo

1. Nos seduce la apariencia; los defectos se ocultan con el oro y las piedras preciosas; lo que menos importa en una doncella es la doncella misma. Con frecuencia ocurre preguntar viendo tan extraordinario artificio dónde está el objeto amado; el amor nos deslumbraba vistiéndose con galas espléndidas. OVIDIO, *de Remed. amor.*, I, 343.

2. Se embelesa en la contemplación de su bella figura y su insensatez le lleva hasta apasionarse de sí mismo; á echarse requiebros y á solicitar sus propios favores, á abrazarse en las llamas que él mismo se inspira. OVIDIO, *Metam.*, III, 424.

3. La besa y cree que la estatua le devuelve los besos; se acerca más, y la abraza, y se imagina que sus dedos se hunden cual si tocaran un cuerpo vivo, y no se atreve á estrecharla por temor de ahogarla entre sus brazos. OVIDIO, *Metam.*, X, 256.

no podrá evitar (caso de no estar habituado al oficio de pizarrero) que la contemplación de altura tan extraordinaria no le espante y atemorice; de resistencia sobrada damos muestras con mantenernos seguros en las galerías de los campanarios, cuando éstos tienen aberturas y antepechos; personas hay que no resisten ni siquiera que les pase por la cabeza la idea de encontrarse á una altura tan considerable. Colóquese una viga entre dos torres del mismo templo¹ de un grosor y anchura suficientes á que podamos andar sobre ella; no hay prudencia filosófica, por firme que sea, que nos aliente á recorrerla como la recorreríamos si estuviera en el suelo. Con frecuencia he experimentado hallándome en las alturas de las montañas que están más allá de mi país (soy, sin embargo, de los que se espantan poco de tales cosas), que no podía resistir la vista de la profundidad infinita que divisaba sin horror y temblor de corvas y muslos, y eso que no me aproximé demasiado, ni tampoco la caída hubiera sido posible á no haberme arrojado voluntariamente. He advertido también que cualquiera que sea la elevación del precipicio ante el cual estemos colocados, siempre y cuando que en la pendiente haya un árbol ó una roca para detener algún tanto nuestra vista y compartir su atención, semejante circunstancia nos alivia y tranquiliza, cual si fuera cosa de que en la caída pudiésemos recibir socorro; pero los abismos cortados, sin prominencias, ni siquiera podemos mirarlos sin que el vértigo nos gane instantáneamente, lo cual es una evidente impostura de la vista: *ut despici sine vertigine simul oculorum animique non possit*². Por eso el gran Demócrito se saltó los ojos para descargar su alma de los desórdenes que con ellos recibía, y poder así filosofar con libertad mayor. Mas siguiendo iguales miras debió también ponerse estopa en los oídos, los cuales al decir de Teofrasto constituyen el instrumento más peligroso de que disponemos para recibir impresiones violentas, que nos trastornan y modifican; y debió privarse de todos los demás sentidos, ó lo que es lo mismo, de su ser y de su vida, pues en todos ellos reside el poderío de avasallar nuestra razón y nuestra alma. *Fit etiam sæpe specie quadam, sæpe vocum gravitate et cantibus, ut pellantur animi vehementius; sæpe etiam cura et timore*³. Aseguran los médicos

1. Colocad al filósofo mayor del mundo sobre una tabla más ancha y resistente de lo que haya menester para que le soporte, y si tiene bajo sus plantas un precipicio, aun cuando su razón le convenza de que está seguro, la imaginación prevalecerá. Muchos no podrían pensar en tal situación sin trasudar y palidecer. PASCAL.

2. No es posible asomarse á ellos sin que el vértigo se apodere de todo nuestro ser. TRO LIVIO, XLIV, 6.

3. Sucede también que el espíritu es impresionado con más viveza unas veces por ciertos espectáculos, otras por la vibración de una voz extraña ó por la melodía de ciertas canciones; otras, en fin, por la inquietud ó por el temor. CICERÓN, de Divinat., I, 37.

que ciertos temperamentos se agitan hasta el furor oyendo determinados sonidos musicales. He visto alguien que no podía sentir que royeran un hueso bajo su mesa sin perder al punto la paciencia, y apenas hay hombre que no se estremezca ante el ruido áspero é intenso que produce la lima al aplicarla contra el hierro; al oír mascar de cerca ó al escuchar á alguien que tenga en la garganta ó en la nariz algún obstáculo, muchos se incomodan hasta la cólera ó el odio. El flautista templador de Graco, que ablandaba, vigorizaba y acomodaba el diapason requerido por la voz de su amo cuando éste arengaba en Roma, ¿qué servicio prestaba si el movimiento é índole del sonido no era capaz de conmover ni alterar el juicio de los oyentes? En verdad hay razón para enorgullecerse de la seguridad de nuestros lindos órganos, que se modifican y cambian merced á un viento tan sutil y ligero!

Idéntica ilusión que los sentidos llevan al entendimiento recibenla ellos á su vez; frecuentemente nuestra alma se desquita de igual modo. Diríase que los unos y la otra se engañan á competencia. Lo que vemos y oímos cuando estamos agitados por la cólera no lo vemos ni lo oímos tal y conforme es en realidad:

Et solem geminum, et duplices se ostendere Thebas *:

aquello que amamos nos parece más hermoso de lo que en el fondo es:

Multimodis igitur pravas turpesque videmus
Esse in deliciis, summoque in honore vigere *;

y más feo lo que nos disgusta; para un hombre desesperado y afligido la claridad del día es oscura y tenebrosa. Nuestros sentidos no sólo se ven trastornados, sino también entorpecidos por completo á causa de las pasiones del alma; ¿cuántas cosas ven nuestros ojos que nuestro espíritu no admite cuando otras cosas le preocupan?

In rebus quoque apertis noscere possis,
Si non advortas animum, proinde esse, quasi emni
Tempore semotæ fuerint, longæque remotæ *:

Diríase que el alma, recogida interiormente, encuéntrase preocupada por las representaciones de los sentidos. De todo esto podemos concluir que el hombre, así interior como exteriormente, hállese repleto de debilidad y mentira.

Los que compararon nuestra existencia á un sueño quizás tuvieron más razón de lo que pensaron. Cuando soñamos,

1. Entonces se ven (como aconteció á Penteo) dos soles y dos Tebas. VIRGILIO, Eneida, IV, 470.

2. No es raro ver la maldad y la baja atracción de todas las voluntades y reinar con imperio absoluto en los corazones. LUCRECIO, IV, 452.

3. Aun las cosas que tienes delante de los ojos, si no fijas en ellas la atención, serán para tí tan desconocidas como aquellas otras que siempre estuvieron ocultas y colocadas á inmensa distancia. LUCRECIO, IV, 812.